



## OTRA VEZ RUMBO AL SUR.

**A**L mandar regresar Villa el tren en que viajaban el general Obregón y sus acompañantes, nadie creyó que pudiera salir con bien el jefe del Ejército del Noroeste. Tanto el doctor Silva, como Raúl Madero, el general Chao y los hermanos González Garza hicieron esfuerzos sobrehumanos para conseguir que Villa desistiera de sus propósitos de mandar fusilar al general Obregón. Una mañana, muy temprano, se presentó el vencedor de Santa Rosa y Santa María en la Quinta Gameros, a ver a don Angel de Caso.

—Don Angel,—le dijo—ya sabe usted que Villa me quiere fusilar.

—Amaneció usted de buen humor,—ie

respondió,—y seguramente usted se bromea.

—No, no es broma; es verdad que Villa tiene esos propósitos,—arguyó el general Obregón.

—Pero eso no puede ser; sería una barbaridad, y hay que impedirla a todo trance,—añadió don Angel;—y si usted quiere, puedo hablar inmediatamente a Washington por el hilo telegráfico directo que tengo con la embajada de España, para que el Gobierno norteamericano, por conducto de su agente consular en Chihuahua, interceda para que no se lleve a cabo semejante atrocidad, que tanto deshonraría a Villa y a toda la División del Norte.

—Prefiero morir—contestó en el acto el general Obregón—a deberle mi vida a un gobierno extranjero.

Entretanto llegaron a la Quinta Gameiros el teniente coronel Francisco Serrano, Raúl Madero, el doctor Miguel Silva, Manuel Chao, Robinson, Villagrán, Federico y Roque González Garza, para ver de qué manera impedían que Villa mandara fusilar al general Obregón; y todos convinieron que sería mejor que don Angel de Caso fuera a hablar inmediata-

## SENDERS

mente con el jefe de la División del Norte.

—Sí, yo voy con mucho gusto,—dijo con entereza don Angel de Caso;—pero haré una defensa muda.

—¿Pero cómo muda?—contestaron sorprendidos todos.

—Sí, muda,—contestó,—pues yo permaneceré a su lado todo el día, y sólo en caso de que Villa dé las órdenes de fusilamiento en contra del general Obregón, le hablaré con toda claridad para tratar de convencerlo e impedir que se consume ese atentado.

Todos estuvieron conformes en que el señor de Caso fuera a cumplir su misión de acuerdo con el plan trazado.

Pocos momentos después llegó don Angel de Caso a la casa de Villa, con el firme propósito de acompañarlo todo el día. Pero al minuto de haberse saludado, el jefe de la División del Norte, exclamó:

—Ya sabe usted, don Angel, que hoy mismo voy a mandar fusilar al general Obregón, porque es esto y lo de más allá.

—Pues haría muy mal,—respondió don Angel,—ese acto cubriría de deshonor a usted y a toda la División del Norte. Acabaría usted con la gloria de su ejército.

La vida del general Obregón es sagrada. ¿No ve usted que él trae una misión de paz? Es como un embajador, y como tal debe tratársele y guardarle toda clase de atenciones.

Estas palabras hicieron profunda mella en el espíritu de Villa. Por unos minutos permaneció callado y pensativo. Inclino su cabeza sobre el pecho, y después de algunos instantes, los labios del famoso guerrillero pronunciaron estas palabras:

—¿Entonces usted cree que no debo matar a ese hombre?

—¡Claro que no!—contestó don Angel con toda rapidez y con un tono seguro y enérgico.

—¡Pero si me ha traicionado!—dijo Villa.—Mire usted los telegramas que he recibido de Ciudad Juárez, donde mi hermano Hipólito asegura que ese hombre me está preparando una trampa.

—No, no lo crea usted,—contestó el delegado español cerca de Villa.—No se deje usted influir por nadie, y todo marchará bien.

—¡Bueno!—contestó el jefe de la División del Norte.—Pues que esta misma noche salga para México el general Obregón, y que lo acompañe el coronel Roque

## S E N D E R O S

González Garza, pero que salgan primero los trenes del general Almanza.

La batalla estaba ganada. Pero todavía quedaban algunos reductos que vencer. El general Obregón no quedaría fuera de peligro hasta que su tren llegara al sur de Torreón, donde ya no dominaban las fuerzas villistas. A las once de la noche salió el tren de Chihuahua. En el andén de la estación estuvieron a despedir al caudillo sonorense, el licenciado Federico González Garza, el general Avila, Manuel Chao, don Angel de Caso, el doctor Miguel Silva y Raúl Madero. Era una noche tempestuosa. La luz bermeja de los relámpagos iluminaban el horizonte. El tren emprendió la marcha, y las personas que habían ido a despedir al general Obregón permanecieron en la estación, esperando que amainara la tempestad. Todos formaron un grupo, comentaban y hacían presagios. Unos a otros se preguntaban por qué Villa había ordenado que salieran por delante los trenes del general Almanza. Indudablemente había un plan siniestro. ¿Pero qué hacer en esos momentos? Al general Obregón lo acompañaban Roque González Garza, Francisco Serrano, Róbinson y algunos de los miembros

de su Estado Mayor. ¿Cómo evitar que en el camino se fuera a cometer un atentado?

El general Villa cambiaba de opinión a cada momento. Fierro y otros malos elementos tenían un notable ascendiente en el ánimo del feroz guerrillero. ¿Pero qué hacer para que Villa no modificara su resolución? El licenciado González Garza estaba más empeñado que nadie en que no se fuera a cometer en el camino algún atentado en contra del general Obregón, pues ese acto arrojaría una mancha sobre toda la División del Norte, y peligraba también la vida de Roque González Garza, hermano de Federico, que acompañaba en el tren al general Obregón, cumpliendo una misión peligrosa y difícil. Conviniere todos los que formaban aquel grupo que había permanecido en la estación de Chihuahua, en no abandonar un solo momento al general Villa para que nadie lo hiciera cambiar de resolución. Conviniere también que al día siguiente, desde temprano, de dos en dos se turnarían para permanecer al lado del jefe de la División del Norte e impedir de esa manera que alguno de los Dorados influyese en el ánimo del célebre guerrillero y diera

## SENDERS

órdenes telegráficas de que se fusilara al general Obregón y a sus acompañantes. El licenciado Federico González Garza y el general Fidel Avila fueron los primeros que al día siguiente, desde las cinco de la mañana, se presentaron en la casa de Villa para acompañarlo y cumplir su misión. Le hablaron del acierto de sus disposiciones y de la necesidad imperiosa que tenía el general Obregón de llegar a la ciudad de México para que diera cuenta al Primer Jefe del resultado de sus gestiones en Chihuahua. A las nueve de la mañana se presentaron Raúl Madero y el doctor Miguel Silva; a las doce, el general Chao y don Angel Caso, para no abandonar un solo instante al general Villa. Entretanto, el tren que conducía al general Obregón, a Roque González Garza, a Francisco Serrano, a Julio Madero, a Robinson, a Villagrán, caminaba a gran velocidad rumbo al sur; pero ni los viajeros ni los acompañantes de Villa estaban tranquilos, hasta que el tren llegara más al sur de Torreón, lejos de los dominios de la División del Norte.

Cuando los acompañantes del general Villa creyeron que el tren en que viajaba el caudillo sonorenses había llegado a

los límites de Zacatecas, abandonaron al jefe de la División del Norte. Lo dejaron solo. Ya no era necesaria la presencia de aquellas personas vivamente interesadas en salvar la vida al general Obregón. No faltó en ese momento quien llegara a aconsejar a Villa que detuviera el tren en el camino, y allí mandara fusilar a quien más tarde sería su enemigo. El tren fué mandado detener en la Estación Corralitos, antes de llegar a Torreón. Esa estación está situada en los desiertos de Chihuahua. No había más habitante que el empleado que atendía la oficina telegráfica. Allí esperaban también los trenes del general Almanza, seguramente con instrucciones del jefe de la División del Norte para llevar a cabo el atentado. Pero el general Obregón estaba dispuesto a internarse en el desierto acompañado de su asistente, antes que dejarse matar. A ello se opuso abiertamente el teniente coronel Francisco Serrano.

—Nosotros lo acompañaremos adonde quiera que usted vaya,—le dijo con toda resolución y energía —nosotros debemos correr su misma suerte y no estamos dispuestos a abandonarlo.